



EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◊ Infancia/s y Adolescencia/s

EL INFIERNO ESTÁ EN LA TIERRA

VICENTE ZITO LEMA

remarcar@yahoo.com

Nota Editorial

“Vaya a saber por qué, no sufro escribiendo”

[...] “Sufrió viviendo, la realidad, pero después aparece ese proceso que bien sintetizaba mi maestro Enrique Pichón-Rivière, que es pasar de lo siniestro a lo maravilloso¹”.

A través de “lavaca editora” podemos reconstruir que Vicente Zito Lema es poeta, dramaturgo, abogado, periodista, filósofo, docente, y fundador de dos universidades populares, y que a sus 82 años editó su nuevo libro *Peste y memoria*. Discípulo de Enrique Pichón-Rivière (creador de la psicología social e impulsor del psicoanálisis en América Latina) con quien armó la primera cátedra de estudio de los mecanismos de creación artística en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Fue cuerpo y corazón de revistas culturales como la *Poética Cero*, la literaria *Talismán*, *Liberación* y la mítica *Crisis*. También integró el grupo literario *Barrilete*, junto a Roberto Santoro, Miguel Ángel Bustos y otros poetas.

En 1977, tuvo que exiliarse en Holanda. Desde allí integró junto a Julio Cortázar y David Viñas, la Comisión Argentina por los Derechos Humanos (CADHU). A finales de aquella década escribe *Mater*, una de las primeras obras de teatro sobre las Madres de Plaza de Mayo y su lucha. En 1983 se radica nuevamente en Buenos Aires, y unos años después funda la revista *Fin de Siglo*.

En el año 2000 funda la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo y fue su rector hasta 2003. Siete años después se embarca en otra experiencia inédita: la Universidad de lxs Trabajadorxs, en la fábrica recuperada IMPA.

Ha publicado durante su vasta trayectoria una treintena de libros, entre teatro, poesía y psicoanálisis, como *Lengua sucia*, *La pasión del piquetero*, *Los manifiestos de la locura*, *Belleza en la Barricada*, *Gurka*, y *Conversaciones con Enrique Pichón Rivière*. El último, con ilustraciones de otra leyenda como Luis Felipe Noé, *Peste y memoria*.

1 Recuperado de: <https://lavaca.org/mu165/vicente-zito-lema-las-82-maravillas>

En esta ocasión Vicente nos comparte generosamente un escrito de su autoría, en el cual logra una vez más transmitir, interpelar, conmover a través del arte y desde una posición sensible, implicada, y ética en cuanto a la sociedad actual.

Desde la dirección de la revista estamos enormemente agradecidos y honrados con el maestro Vicente y compartimos su escrito...



Vicente Zito Lema²

² Foto extraída de: <https://www.anred.org/2017/10/23/zito-lema-la-muerte-el-horror-la-desaparicion-estan-otra-vez-vivas-entre-nosotros/>

El infierno está en la tierra

Por Vicente Zito Lema

I

Entre sombras de barro y baldíos crecidos que arden en sus cardos, bajo astros que de tan distantes sólo cobijan frío, a la par de charcos y de un tufo espeso, oculto a la luz y privado del paso, sin aire, sofocado, raíz y moho sobre la piedra callada, desde la esencia misma del dolor un cuerpo se mueve...

No es un espejo de serenas apariencias. No sobrevuela. No sobrenada. Se arrastra entre lamentos, peor que la resaca de una pesadilla...

Es poco y hasta obsceno si se recuerda la belleza de los ángeles: celeste, pura, alada...

Es lo maltrecho, lo ensuciado y castrado, lo despojado, lo pobre de historia, lo casi nada que sigue vivo de milagro o por olvido...

Es ese cuerpo. Es esa mujer. Es el alma en vilo en los ojos de esa madre frente a su hijo muerto...

Es el instante atroz y eterno del descubrimiento de esa criatura menos que un hombre, estirado en sus patas cuan largo es para que la Parca suba a su cabeza, sin pudor ni piedad, pobre cuerpo empobrecido de carne y de sangre en su pobreza final, acribillado hasta en la cara, enmierdado por el crimen que ni siquiera será crimen porque su vida tampoco fue vida...

Se resistió, le dicen. Quiso escapar, le dicen. Estaba armado, le dicen. Tenía antecedentes de robo, le dicen a la mujer que abre la boca y no hay ostia para su espanto.

Quien mal anda, mal acaba, le dicen. El que las hace, las paga, le dicen. Se la buscó solito, le dicen. Cagó fuego por violento, le dicen. Era él o nosotros, le dicen...

Y no demande castigos porque aquí no hay culpa, le dicen. Y no espere justicia – también le dicen–, aquí sólo nos mueve la ley, y la ley es lo que necesita el poder, que

está muy lejos pero ve todo, igual que Dios (ahora se escuchan risas), y más cerca está el Poronga, que no será un Dios pero que también vigila, con los pies cruzados sobre la mesa, al costado de su arma, caliente, grande, negra..., terminan de decirle, como quien termina de colgar la media res en el gancho de la carnicería...

Y después habrá silencio, grueso, muy grueso, de mar que se tragará la tierra...

Y la mujer piensa que jueces que no conoce la están condenando a andar por el mundo con ojos de ciega...

La noche cae sobre su alma entera... (la mujer abre otra vez su boca, no hay ostia para su espanto...)

El cuerpo de la mujer siente los escalofríos de la muerte, descubre la sequedad del vacío.

El cuerpo de la madre es más que un aullido que persiste, es más que la mano que increpa y golpea el cielo, y más aún que los dientes que muerden salvajes las paredes de la razón...

Es otra vez una memoria sin ataduras, movida por un viento de tierra que ahora es fuego, que se mezcla con sus lágrimas..., igual que el alma se mezcla con el cuerpo en el aliento de un moribundo...

II

La escena es ahora esa mujer que vence el horror y abraza con desesperación el cuerpo, vejado por mil demonios, humillado hasta el hartazgo, de su hijo.

Ese cuerpo hecho papilla por las balas policiales, tirado de mísera manera sobre el piso brillante de sangre de una sórdida más que sórdida comisaría del conurbano. Los sucios hombres de sucio uniforme, de almas perdidas que rodean a la mujer que siente miedo pero no clama, que tiene lágrimas pero no llora, porque su alma es de ahí en más una sombra fría y descarnada, esa sombra de ese cuerpo rodeado por tantas almas perdidas, por tantos cuerpos de uniforme que no la escuchan ni la miran a la mujer que besa y abraza a su hijo muerto, que no dijo adiós y nunca pensó en el suplicio ni supo que su vida era una vela que se sopla en el infinito...

Hay una muerte negada... Hay una muerte que se niega...

Hay un cuerpo atrapado entre las sombras en llamas del mismísimo infierno, que espera en la noche del pavor, eterno...

III

Así como las blasfemias continuarán en la tierra mientras exista un Dios en la bóveda celeste, así también la escena del horror se perpetúa sobre el piso con sangre...

Se ve el cuerpo del muchacho muerto que sangra...

Se ven policías que van y vienen...

Se escuchan los murmullos, las risas y los aullidos de las almas difuntas.

Es la noche que llega.

Aún sin alivio.

Morosamente la impiedad en el corral de los sacrificados...

La mujer se abraza con más fuerza al cuerpo de su hijo. La mujer busca una señal en su agonía, un alivio en el dolor de la vida.

El cielo se detiene. Acaso es el momento de la Stella Matutina...

La mujer que no habla siente que su alma se llena de palabras.

La mujer que no habla siente que las palabras son también la vida en las huellas del alma.

Por eso la mujer que abraza a su hijo le canta, lo acuna y lo canta, vasto rato, en el silencio difunto, otra vez a su niño le da la vida y le canta, le sopla los labios cuando todo es un vacío sin donde ir. Oh sí, sin dónde ir...

Ay niño mío de tierra,

ojos del alma que velas,

mira,

crecido fuego una estrella,

es la dicha,

¡ve por ella!

si duermes tendrás pronto el sueño/sueña,

camino de ángel la estrella,

la estrella cuida la vida,

la vida es el alba entera,

¡ve por ella!

Ay niño mío de cielo,

ojos del alma que velas,

duerme ¡sueña,

¡ve por ella!

IV

¿Fue sólo un sueño que el cuerpo de la madre llevando por los aires el alma de su hijo hambriento y masacrado se abriera paso en la agonía de la noche mientras el infierno de la comisaría del conurbano se convertía por el fuego que desata la mujer en un páramo de pura luz... y los gritos de alegría de los muchachos de la barriada crecían vaya que crecían entre bombas de estruendo y tiros al aire de sus armas caseras, esas tumberas tan fuertes y estremecedores como los truenos y rayos que recordaban las justas iras de los antiguos dioses del universo...?